

“Esto es agua”. La contribución de las humanidades al sistema educativo y a la valoración del patrimonio cultural

Fernando Broncano Rodríguez | Dpto. de Humanidades: Filosofía, Lenguaje y Literatura, Universidad Carlos III de Madrid

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5746>

RESUMEN

Las humanidades están en declive en los sistemas educativos de la mayoría de los países. Podría pensarse en considerarlas patrimonio cultural. Este trabajo examina cuál es el lugar de las humanidades en el conjunto de la cultura. Con este fin se examinan dos nociones de cultura que han ido surgiendo a lo largo de la historia; una que forma parte de nuestra idea de educación y otra que define nuestras identidades. En ambos casos, se argumenta que las humanidades no son un conjunto de documentos que puedan estar en peligro y haya que protegerlos como patrimonio, sino una forma de saber que nos permite comprender los valores sin los que no podría existir la sociedad, incluyendo aquellos que nos llevan a definir qué es patrimonio.

Palabras clave

Cultura | Educación | Educación patrimonial | Humanidades | Valor | Significado cultural |



“This is water.” The contribution of the humanities to the educational system and to the appreciation of cultural heritage

ABSTRACT

The humanities are in decline within the educational systems of most countries. One might consider them to be a form of cultural heritage. This paper examines the role of the humanities within the broader context of culture. To this end, two historical conceptions of culture are explored; one that is integral to our understanding of education and another that defines our identities. In both instances, it is argued that the humanities are not merely a collection of endangered documents to be preserved as heritage but, rather, a mode of inquiry that enables us to comprehend the values essential to societal existence, including those that shape our understanding of heritage itself.

Key words

Culture | Education | Heritage education | Humanities | Value | Cultural significance |

Cómo citar: Broncano Rodríguez, F. (2025) “Esto es agua”. La contribución de las humanidades al sistema educativo y a la valoración del patrimonio cultural. *revista PH*, n.º 114, pp. 96-115. Disponible en: www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5746 DOI 10.33349/2024.114.5746

Enviado: 07/07/2024 | **Aceptado:** 27/09/2024 | **Publicado:** 10/02/2025

“Había una vez dos peces jóvenes que iban nadando y se encontraron por casualidad con un pez mayor que nadaba en dirección contraria; el pez mayor los saludó con la cabeza y les dijo: ‘Buenos días, chicos. ¿Cómo está el agua?’. Los dos peces jóvenes siguieron nadando un trecho, por fin uno de ellos miró al otro y le dijo: ‘¿Qué demonios es el agua?’”

Foster Wallace, 2009

LAS HUMANIDADES EN LA CULTURA

Es una opinión ampliamente compartida tanto en el mundo académico como en la prensa que las humanidades han perdido importancia en los sistemas educativos en todos los niveles y en el conjunto del Globo (Grimley 2023; Brooke 2023; American Academy of Arts & Sciences 2024; CNPTG 2009). El declive del peso respecto a otras áreas como STEM o Ciencias Sociales es notorio, pero lo es mucho más en términos de la percepción social de su futuro laboral e incluso de su importancia, tomando como referencia las preferencias por los grados de las carreras universitarias (Ministerio de Universidades 2023). Estos datos no serían demasiado preocupantes tomados en su literalidad si no fuesen indicativos de un problema más profundo y extenso, que no es otro que el del valor que la sociedad le concede a la formación humanística de las personas, algo que, por supuesto, abarca todos los niveles del sistema educativo y todas las actividades formativas que se llevan a cabo en una vida entendida como un proyecto de autoconocimiento, logros prácticos y contribución a dejar el mundo algo mejor de lo que se encuentra.

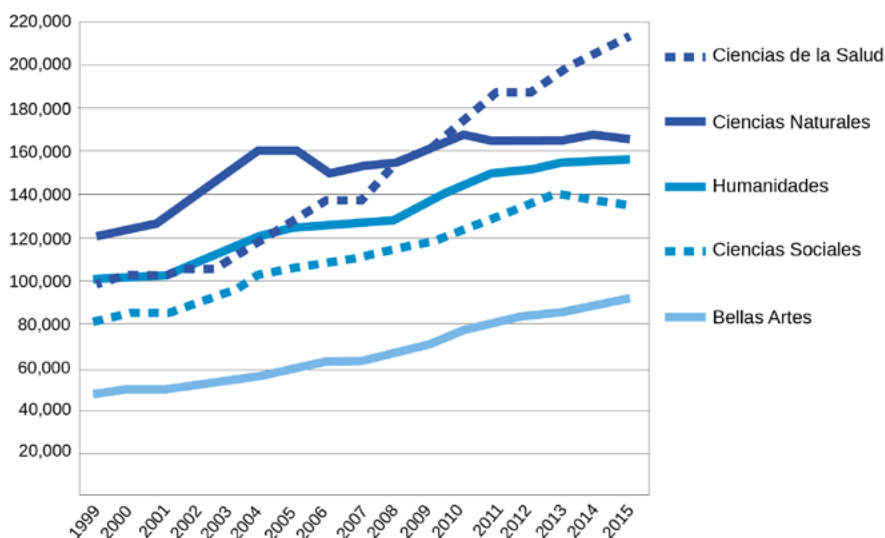
Las reiteradas reclamaciones sobre el peso cualitativo y cuantitativo de las disciplinas humanísticas podrían oscurecer paradójicamente esta reflexión sobre la importancia en la formación de la persona pues, si bien es cierto que lo institucional y lo personal están muy relacionados, el problema de las humanidades en el cultivo de la persona no puede reducirse a medidas administrativas de tiempos y espacios en los currículos educativos. No, se trata de un debate sobre el valor. El valor que se concede a ciertos aspectos de la cultura tal como lo que llamaríamos “humanidades” se entrelaza con la forma en que esa cultura en general configura y ahorma las características de la sociedad en todas las esferas que la constituyen, desde la vida cotidiana a la economía, la política, la ecología y, para resumir, en todos los modos en que una sociedad se reproduce a sí misma.

La educación, en el sentido ordinario en el que decimos de una persona “es culta” o “es educada”, es algo más amplio y posiblemente más profundo que las acreditaciones y títulos que una persona ha obtenido en el sistema educativo regulado. Análogamente, tampoco deberíamos confundir las disciplinas humanísticas con el saber humanístico que estudian y transmite y que, al fin y al cabo, solo tiene sentido si se encarna en la misma fábrica

que da estabilidad a la cultura de una sociedad. No es ocioso, en este sentido, comparar la distinción entre lo académico y lo cotidiano en el saber humanístico con su correlato en el ámbito científico. De este modo podríamos encontrarnos con sociedades agraciadas con un sistema científico de calidad excepcional en las que por desgracia una gran parte de la población ignora o rechaza, o ambas cosas, grandes teorías científicas básicas, o acaso es incapaz de explicar en sus propias palabras cuál es el tema de tales teorías. Y similares consideraciones cabría hacer respecto a otros campos culturales como la capacidad de apreciar la creatividad humana en las artes, la literatura, artes escénicas, plásticas o musicales. Esta brecha entre los niveles de una élite académica o cultural y la capacitación media cultural de una población es en sí misma ya un problema que atañe a las humanidades y, para decirlo con otras palabras, un problema de la humanidad, pues todo lo que atañe a los humanos y a sus valores forma parte del espacio de las humanidades, incluido cuál es el valor de las ciencias, las técnicas y las artes.

Al distinguir entre humanidades como disciplinas y humanidades como saberes que residen en una sociedad, y que conciernen a un proyecto de vida y de humanidad, estaremos en condiciones de arrojar alguna luz sobre la relación que tiene todo este complejo con la idea de patrimonio cultural. Seguiré aquí el mapa de ruta que de forma iluminadora ofrece Mieke Bal (2009) al pensar los conceptos como flujos interdisciplinares e históricamente situados.

El plan de esta contribución es, en primer lugar, el abordaje del tema del lugar de los saberes humanísticos en el territorio de la cultura, tanto desde una perspectiva descriptiva como normativa, tanto desde la realidad como



Evolución de los grados de Humanidades | gráfico
Elaboración propia a partir del proyecto Humanities
Indicators (American Academy of Arts and
Sciences)

Cuartiles de la nota de admisión

	Nota media de admisión		Cuartiles de la nota de admisión			
	PAU	FP	Primer cuartil		Tercer cuartil	
			PAU	FP	PAU	FP
Total	10,34	9,09	9,0	7,5	12,0	10,6
Medicina	13,14	13,13	13,0	13,1	13,5	13,6
Matemáticas y Estadística	12,48	10,51	12,1	7,8	13,3	12,2
Veterinaria	12,16	12,15	11,7	11,9	12,7	12,6
Enfermería y atención a enfermos	11,93	11,60	11,6	11,2	12,6	12,4
Ciencias de la vida	11,45	10,39	10,6	9,0	12,7	11,9
Ciencias físicas, químicas, geológicas	11,10	8,86	9,9	7,2	12,8	10,4
Otras ciencias de la Salud	11,10	10,35	10,2	8,9	12,4	11,9
Psicología	10,97	10,39	10,3	9,8	11,8	11,3
Deportes	10,69	10,35	10,1	9,4	11,7	11,6
Informática	10,62	8,51	9,6	7,2	11,9	9,8
Derecho	8,43	8,68	9,4	7,3	12,0	10,0
Técnicas audiovisuales y medios de comunicación	8,65	9,46	9,6	7,7	11,9	11,1
Economía	7,82	8,45	9,1	7,2	11,6	9,4
Ingenierías	8,60	7,72	8,8	6,7	11,9	8,5
Periodismo e información	8,00	8,54	9,1	7,1	11,6	10,0
Otras ciencias sociales y del comportamiento	10,18	8,43	8,7	7,2	11,8	9,6
Formación de docentes de enseñanza primaria	10,02	8,65	9,0	7,7	11,2	10,1
Lenguas	9,95	7,82	8,2	6,8	11,8	8,6
Artes	9,84	8,60	8,6	7,3	11,2	9,6
Administración y gestión de empresas	9,68	8,00	8,3	6,9	11,2	8,9
Otra educación comercial y empresarial	9,63	8,48	8,4	7,1	11,0	9,7
Arquitectura y construcción	9,56	7,51	8,0	6,7	11,2	8,2
Formación de docentes de enseñanza infantil	9,54	8,75	8,6	7,8	10,6	9,6
Otra formación de personal docente y ciencia de	9,49	8,80	8,6	8,0	10,5	9,6
Humanidades	9,24	7,35	7,6	6,4	10,8	8,1
Otros Servicios	9,21	7,45	7,2	6,5	11,2	8,1
Trabajo social y orientación	8,98	8,31	7,9	7,6	10,0	8,9
Agricultura, ganadería y pesca	8,36	7,40	6,7	6,5	9,8	8,1
Turismo y hostelería	8,22	7,33	6,9	6,5	9,4	8,0

Notas de admisión a titulaciones de Grado de los estudiantes de nuevo ingreso en universidades públicas presenciales por forma de admisión y ámbito de estudio. Curso 2021-2022. Las notas de corte de admisión a grado es uno de los mejores indicadores de las expectativas tanto del sistema educativo como de la sociedad y de los estudiantes sobre el valor futuro de los estudios. Las notas bajas se correlacionan con también bajas expectativas | fuente Elaboración propia a partir de Datos y Cifras del sistema universitario español (Ministerio de Universidades, 2022-2023)

desde el valor. En segundo lugar, trataré de una manera más específica los lazos entre las humanidades y el patrimonio cultural. La hipótesis guía es que la cultura (en su naturaleza bifronte descriptiva y normativa) es la que determina el valor de las humanidades como condiciones de posibilidad de una cierta comprensión de la cultura misma que, por otra parte, afecta también a la noción de patrimonio cultural. Para adelantar alguna de las conclusiones, el argumento apunta a la idea de que una noción enactiva, crítica, encarnada de las humanidades tiene efectos sobre qué se entiende y valora como patrimonio cultural. A saber, las concepciones del patrimonio cultural que cabría adjetivar de archivísticas, museísticas o puramente conservacionistas serían una consecuencia del declive e infravaloración de lo humanís-

tico en el conjunto de la cultura. Como también lo serían, en otro sentido, las proyecciones puramente económicas y “turistificadoras” del patrimonio cultural, que se extienden al ritmo del creciente peso de la industria cultural en la esfera económica y en ordenamiento subsiguiente de las sociedades que se acomodan a ser objeto de turismo.

TRANSFORMACIONES DEL CONCEPTO DE CULTURA: DE LO NORMATIVO A LO DESCRIPTIVO

El uso del término “cultura” es bastante reciente en la historia del pensamiento. Cabría considerar que se ha extendido desde el siglo XVIII como una suerte de epidemia léxica hasta su condición actual de palabra invasiva que aboca a un progresivo vaciamiento del valor semántico y pragmático con el que fue creada en sus inicios en el Barroco. Nació como metonimia de la “agricultura” o cultivo del ser humano. Es curioso observar que esta emigración semántica apunta a la intervención activa del algún agente sobre dicho proceso de florecimiento, junto a otras connotaciones como la domesticación de especies, la hibridación y mejora, la siembra, el cuidado y la selección frente a especies invasoras, plagas dañinas y, finalmente, la recogida y distribución de los frutos. Una metonimia que fue notada ya por Kant en su famosa sentencia, divulgada por Isaiah Berlin: “con el fuste torcido con el que ha sido hecho el ser humano nada recto puede forjarse”.

Lo cierto es que el término “cultura” comienza a popularizarse junto a la reivindicación de la educación universal que reclaman los humanistas de Renacimiento y el Barroco. Por su parte, “humanismo” es otro término que nace a la par y califica a los practicantes de las “humaniora” o disciplinas relacionadas con la palabra hablada o escrita, con la retórica y las artes de la lengua, que comienzan a ser relevantes para los asuntos de la ciudad y del estado, proclamando sus saberes como una terapia o resistencia contra la barbarie. Los humanistas exigen que todos los ciudadanos sean “cultivados” en el humus de sus saberes y no solamente en los destinados a regir la sociedad. En este primer estadio, “cultura” nace, en sus usos todavía esporádicos en la literatura, para nombrar una voluntad de dominio y transformación de las personas en la dirección de un ideal de humanidad. Se asocia la cultura con la “civilización” o formación del “civites” o ciudadano, que modifica su comportamiento para poder vivir en común con otros. “Inculto” o poco cultivado comienza a ser un término degradante para una persona o sociedad, como si aludiera a alguna discapacidad para la cooperación social hacia un proyecto de alejamiento de los estadios de animalidad o brutalidad¹.

Con algún matiz, esta dimensión normativa será la que organice el posterior uso romántico del término. El Romanticismo alemán lo toma muy en

1

La historia de esta transformación del término y el concepto de “cultura” la trato por extenso en Broncano (2018).



La fachada de la Universidad de Salamanca (1529) es una especie de resumen en piedra de la nueva perspectiva humanística sobre la relación entre el saber clásico, la enseñanza y los nuevos estados nación que surgen en la modernidad | foto José Luis Cernada

serio pues vincula *Bildung* (formación) y *Kultur*, que no es otra cosa que la relación entre un proceso, un proyecto, y sus resultado y producto más significativo. La cultura va a adquirir en el Romanticismo un matiz de normatividad constitutiva de la persona y la comunidad. Esto explica por qué en los tiempos posteriores la cultura ocupa el lugar de piedra fundacional que sustenta los paramentos de la fábrica social, pues la cultura es para los románticos alemanes lo que expresa el espíritu del pueblo *Volksggeist* y su proyecto de educación de la humanidad a través de las producciones esenciales de la lengua, la sensibilidad artística y la creatividad científica. A partir del giro romántico la cultura comienza a expresar la diferencia de un pueblo en el marco del proyecto de “humanización” o civilización de la humanidad. Nombra lo que distingue, lo que ordena a pueblos y personas en rangos de jerarquía en el progreso general, en el paso del reino de la necesidad al de la libertad (tal como define la concepción kantiana de progreso).

En 1795 Friedrich Schiller elaboró con líneas firmes el perfil de la cultura como un proyecto a un tiempo de educación de la sensibilidad (estética) y de la fuerza creativa (juego) de la humanidad y, por otra parte, de construcción de un estado que represente las características distintivas y el genio de un pueblo (Schiller 2018). Desgraciadamente, este giro, motivado por las mejores intenciones pedagógicas para la formación de una ciudadanía ligada a sus orígenes comunitarios, será aprovechado en los tiempos posteriores para legitimar el colonialismo y el imperialismo con la coartada de la superioridad de unas culturas sobre otras y, con ella, de la supremacía de una raza sobre otras.

Mediado el siglo XIX, las nuevas ciencias sociales de la antropología y sociología reaccionaron contra la concepción normativa de la cultura que había predicado el romanticismo. En general, contribuyeron a rechazar el supremacismo que se había instalado en el concepto de cultura y emprendieron una nueva trayectoria hacia una concepción mucho más empírica y descriptiva de las culturas en el seno de sociedades diferentes. Para la antropología y la sociología, la cultura se escribe siempre en plural. El estudio de las culturas no debe servir para legitimar la superioridad civilizatoria de algunas sociedades, sino para explorar las prácticas y mitos con que las sociedades se describen a sí mismas. Como aduciré más abajo, esta herencia de la pulsión descriptiva de las ciencias sociales se inscribe también en algunas concepciones del patrimonio cultural entendido como puro relato histórico.

Aunque es recordado el apotegma marxiano de que los filósofos, hasta el momento, solo habían tratado de explicar el mundo y que ya era hora de transformarlo, esta idea romántica se transforma en el siglo XIX en una avidez generalizada por la descripción fomentada por la conciencia de que la sociedad es algo opaco y diverso que exige investigación situada. La antropología y la sociología nacieron de este convencimiento. En particular, la antropología se convirtió en el centro de gravedad de las ciencias sociales y en la creadora de un nuevo concepto abarcador de cultura. Las grandes escuelas de sociología como las creadas por Durkheim, Max Weber, Georg Simmel o Gabriel Tarde tienen un trasfondo cultural impulsado por la antropología y su mirada a lo concreto de las sociedades (Villacañas 2024). Desde la antropología se explican las formas de la familia que sitúan a la persona en la sociedad, que la ubican en una línea histórica de pertenencia. La antropología da cuenta de las relaciones cognitivas con el mundo a través de los relatos, que agrupan simbólicamente la autoconcepción de lo humano frente a otras formas de vida. O las formas prácticas operantes que son los rituales, que crean y sostienen los vínculos emocionales sobre los que se sostiene la arquitectónica social. La antropología estudia la cultura material de las sociedades, el mundo artificial de la habitación, la domesticación técnica y la ornamentación que confiere una base sobre la que se apoyan todos

El libro *Cartas sobre la educación estética de la humanidad* (1995), del poeta, dramaturgo y filósofo Friedrich Schiller (1759-1805), representa la aplicación de las ideas de Kant ya en un marco romántico al diseño de una sociedad basada en la formación (*Bildung*) de la persona a través del perfeccionamiento de la sensibilidad. Cuadro de Friedrich Schiller, de Ludovike Simanowiz, 1793 | foto Wikimedia Commons



los demás contenidos de la cultura y la sociedad que esta construye: ciudades, religiones, estados, imperios o migraciones nómadas.

Si la concepción normativa de la cultura conlleva la idea de que el ser humano es un proyecto que debe llevarse a cabo a través de la formación, que se enraíza en el pasado identitario y posibilita una transformación creativa de la realidad, la concepción descriptiva explica el por qué la realidad es para cada sociedad un mundo de sentido, una realidad interpretada que hace que las acciones y el pensamiento humanos adquieran significado y subjetividad y no sean meros impulsos reactivos a las demandas del medio. Por ello, explica también por qué cada sociedad y cada uno de sus componentes adquieren características identitarias que se manifiestan en los modos de vivir y de relacionarse emocional y cognitivamente entre sí y con el entorno físico, biológico y técnico. La cultura descriptiva explica cómo una sociedad se produce y se reproduce, cómo perseveran sus instituciones y cómo se hace posible el interminable flujo de materia, energía e información que la sociedad metaboliza en todo momento de su existencia, sin el cual no sería



Los embajadores (1533), cuadro de Hans Holbein el Joven (1497-1543), representa simbólicamente los logros culturales del humanismo renacentista y la unión de las artes, los saberes, las técnicas y la nueva relación entre estados basada en el diálogo. La calavera anamórfica de la parte baja apunta al nuevo poder de representación realista o distorsionada del artista | fuente Google Art Project

posible la estabilidad ni la resistencia al caos. Sin la cultura y sus restricciones la autodestrucción de las sociedades sería su destino probable.

En resumen, la cultura explica lo que somos y estipula lo que queremos ser. Tal vez por este deseo inabarcable el término “cultura” se haya deslizado hacia la sobreexplotación y la pérdida de significado. Esta desmesurada pretensión hace que tenga sentido el chiste con el que David Foster Wallace comenzó su conocida conferencia ante chicos preuniversitarios: el del pez que pregunta a sus asombrados compañeros “¿qué tal está hoy el agua?”. Todo es cultura, por eso, como los peces en su mundo acuoso, no percibimos el medio cultural en que respiramos y, como ellos, nos extrañaríamos de que alguien nos preguntase por cómo está la cultura de estos días. Y sin embargo es una pregunta que no carece de sentido. Es una pregunta persistente que la sociedad se hace a sí misma. Como se la hizo la Atenas de Pericles, en sus victorias contra los persas y su derrota frente a Esparta; como se la hizo Francia tras una revolución que la despertó de su adormecimiento estamental; como se la hizo España en medio de la pesadilla reaccionaria de Fernando VII que sumió al país en un inacabable pantano de pobreza material e intelectual. Una pregunta que podríamos dirigir en nuestros días a los alumnos de secundaria de los arrabales de cualquier ciudad europea, para tratar de descubrir sus reacciones ante el panorama del declive de una cultura, la europea, que soñó con ser la educadora de la humanidad.

HUMANIDADES: VALOR Y SIGNIFICADO

El modo en que las sociedades adquieren conciencia de las diversas formas en que las culturas modelan sus instituciones y configuran las personalidades de sus miembros es lo que llamamos “humanidades”. Fue una forma cultural asociada a la modernidad que trajo con ella la afición al cultivo de la autorreflexión sobre los contenidos además de las formas y funciones de todos los componentes y planos de la cultura: el lenguaje, la imagen, el pensamiento, el arte, la técnica las costumbres y las distintas escalas de lo temporal y espacial en las que discurre la existencia. Este es el campo real de las humanidades, el del valor y significado de los componentes de la cultura y el de cómo estos componentes configuran los humanos tal como somos en tanto que producciones de la natura-cultura. Pues si son numerosas las especies culturales, la forma de serlo humana es mediante el sentido y el valor.

Sentido y significado residen primaria pero no exclusivamente en el lenguaje. También en los artefactos funcionales, técnicos o artísticos. El valor, por su parte, reside en la importancia de las acciones, en lo que preocupa a los pueblos y las personas. Estudiar transversalmente el significado y el valor es lo que hacen las humanidades. Lo llevan a cabo también de forma descriptiva y normativa a la vez como, por ejemplo, cuando se analiza una película y

se desmembra en las decisiones que se han hecho en el guion, la iluminación, la dirección e interpretación y se trata tanto lo narrado como el cómo se ha narrado y las interpelaciones de sentido y valor que hacen al espectador esas imágenes y cómo le conciernen para su forma de vivir.

Las humanidades se ocupan de tareas como esta de desmontar hermenéuticamente una obra cultural. Lo hacen a través de la mirada caleidoscópica de diversas disciplinas que proveen de herramientas analíticas a estos trabajos. Ahora bien, las humanidades son algo más que las disciplinas que agrupa el nombre. Son un modo activo de mirar y pensar, de comentar y conversar sobre todo aquello que atañe a todas las dimensiones de la vida. Pues también la reponedora del supermercado o el *rider* adoptan diariamente la perspectiva de las humanidades cuando se preguntan por lo que están haciendo, por qué es lo que importa en su vida y convierten estas preguntas en palabras que expresan su sentido de la justicia y su malestar difuso, o conversan sobre la última serie que han visto en la cena y en por qué les ha impresionado un personaje.

2

Dejo a un lado la interesantísima discusión suscitada por el libro del filósofo Allan Bloom de 1987 quien, iniciando lo que ahora llamáramos “guerras culturales”, unió el declive de las humanidades con la cultura relativista que se estaba imponiendo en el mundo. Un buen relato de esta controversia es Adler (2016). Desde el punto de vista contrario al de Bloom, defendiendo unas humanidades no centradas en la cultura clásica se posiciona Spivak (2012).

La difusión del término cultura que he considerado epidémica más arriba indica una creciente conciencia de que la cultura es una poderosa fuerza histórica. No es casual que las grandes fracturas políticas contemporáneas se vivan como “guerras culturales” (tal es la denominación que también se ha extendido para algunos de los conflictos contemporáneos)². Y, paradójicamente, esta conciencia coincide con el declive de las humanidades tanto en el sistema educativo como en la conciencia cotidiana. Si bien es cierto que las disciplinas humanísticas siempre tuvieron que defender su existencia como bien social, ahora parece ser una exigencia mayor debido a que el declive parece indicar que no hay una conciencia generalizada de la función que las humanidades cumplen o deberían cumplir en lo que se refiere a la cultura como fuerza histórica de transformación. Hay razones para sospechar que este declive produce daños profundos en una sociedad con déficits de formación humanística.

Una de estas razones se basa en la constatación de las opacidades que tienen tanto la cultura como la sociedad, y que de alguna forma está recogida en la parábola de los peces y el agua de Foster Wallace: del mismo modo que los peces no “ven” el agua, como nosotros el aire, las tramas de la cultura y las relaciones sociales en las que habitamos también tienen un alto grado de invisibilidad y de difícil comprensión. El poderoso sistema contemporáneo de la industria cultural ofrece un inusitado escaparate de productos en todas las dimensiones materiales o espirituales de la cultura, especialmente en lo que se refiere a una producción sistémica de “experiencias” que son creadas artificialmente por todo este sistema de producción. La abundancia no implica, sin embargo, que hayan crecido las capacidades de interpretación y comprensión del sentido y de ordenamiento del valor. Esta fue

siempre la función de las humanidades, tal como ejemplificaron las obras de los retóricos italianos, de Nebrija, Beatriz Galindo, Christine de Pizan, los historiadores como Vico, filósofos como Rousseau o Hanna Arendt, además del idealismo alemán ya citado. Todos constatan la necesidad de comprender lo propio contra el trasfondo de lo ajeno. Los déficits de esta capacidad constituyen en buena medida lo que llamamos alienación, ser para otros sin ser para sí ni ser en sí.

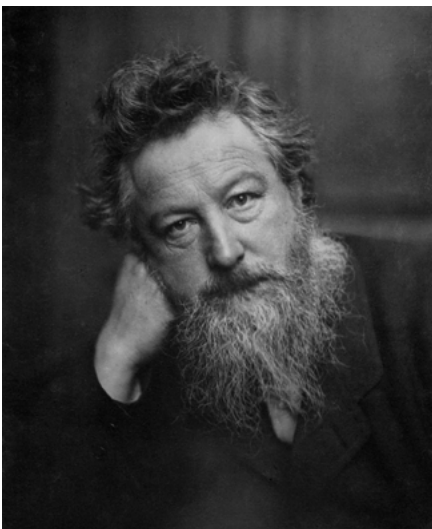
Lo que hace tan imprescindibles las humanidades es la creciente tensión entre la naturaleza intrínseca de red de todos los productos culturales (que hace que pequeñas variaciones en un territorio puedan notarse en profundos cambios en otro. Pongamos como ejemplo los cambios en la música popular que tuvieron lugar en los años cincuenta con el rock y las nuevas formas de tensión intergeneracional y social) y, en el otro polo, las capacidades de imaginar otras formas de existencia que cuestionen la falta de sentido que aqueja a tantos aspectos de nuestra cultura. Unos componentes de la cultura nos llevan a otros y se van creando sendas de relaciones que no siempre son sendas de significado que nos sean útiles para construir proyectos comunes de vida. No comprendemos muy bien por qué algunos temas que parecerían contingentes se convierten en las fracturas que polarizan a una sociedad y en símbolos que catalizan los miedos y esperanzas de una comunidad. Las humanidades tienen por misión hacer visibles esos lazos ocultos, retejer las fracturas o, en algunos casos, ayudar a ponerse en el lugar del otro para poder entenderse a sí mismo.

Tomemos como ejemplo la historia como conjunto de relatos de la Historia, una parte esencial de la cultura que recorre desde los simples anales, las hemerotecas, archivos, monografías, o simples trabajos de divulgación que son tan centrales en la construcción de las identidades y las comunidades imaginadas. Veamos cómo aquí se produce una fractura difícil de entender entre el sí mismo y lo otro, y cómo esa fractura nos habla de una sociedad que tiene dificultades de entenderse a sí misma. Partamos de la convicción de que siempre se escribe historia desde el presente y, en cierto sentido, *para* el presente. Los textos sobre el pasado suelen tener siempre una función educativa para el futuro. El dilema es que si tiene pretensiones de justificar nuestro presente, como si lo vistiéramos con ropajes de la antigüedad para legitimarlo ante el público del día, esta mascarada deja de ser historia, o al menos una de las historias posibles, para convertirse en una instrumentalización de las gentes del pasado –su conversión en medios que dejan de ser fines, nos diría Kant–, pues la historia solo nos ayuda a mejorar en algo el presente cuando aprendemos a entender el pasado, que por ser pasado nos interpela por su misma otredad. Tratar la historia en su otredad, entender con distancia y cercanía, a veces entender la historia como una secuencia de barbaries, a veces como una escalera de logros (que en ocasiones no conseguimos entenderlos como logros). Sin el arte de la comprensión de lo

3

Sobre la evolución histórica de las humanidades, es muy interesante Cunningham y Reich (2010). Para la evolución en el presente contexto, ha sido muy reconocida la posición de Martha Nussbaum (1997, 2010).

William Morris (1834-1896), arquitecto, escritor y padre del diseño moderno, fundador del movimiento *Arts & Crafts*, representa la transición del concepto romántico al modernista de formación integral en donde el arte, la artesanía, la utilidad y la belleza se unen en un ideal de vida opuesto a la degradación de la vida que había producido la Revolución industrial | foto Wikimedia Commons (Frederick Hollyer, 1838-1933)



otro nos deslizamos, como suele hacer la novela histórica, a un discurso laudatorio a beneficio del presente o a un discurso denigratorio, como las versiones iluministas de la Edad Media que crean tantas zonas oscuras en las que se pierde nuestra capacidad de comprensión³.

En los tiempos presentes, los procesos de globalización trajeron con ellos la experiencia cotidiana del contacto con otras culturas y formas de vida y, con ello, muchos determinantes de las filias y fobias contemporáneas. Después de la II Guerra Mundial, el Gobierno de Estados Unidos encargó a la antropóloga Ruth Benedict un trabajo que sirviese de guía hermenéutica a los nuevos administradores de Japón para entender una cultura contra la que habían combatido y que ahora tenían que ayudar a restaurar. Benedict escribió *El crisantemo y la espada*, un éxito de ventas que, con sus luces y sombras, aún hoy sirve tanto para entender la cultura nipona como para lo contrario. Es un texto que ejemplifica lo difícil que es comprender la alteridad y cuán fuerte es la tentación de reducirla a patrones esquemáticos. Pese a ello, es una obra que aún sigue siendo un ejemplo de interpretación y análisis cultural.

Lo mismo que se aplica a las culturas ajenas puede aplicarse también al autoconocimiento de la sociedad propia. Es sabido que nuestras sociedades, y en especial las que gozan de un entorno democrático, son sociedades que conviven bajo intensos conflictos culturales que señalan los erráticos senderos por los que discurre el cambio social. Todos los fenómenos que agrupamos en el rubro de “polarización” denotan un extrañamiento de la propia cultura, incapaces de comprender lo común que subyace en el mismo conflicto que parte a las sociedades en dos mundos de sentido. Hubo tiempos en que los conflictos se manifestaban como conflictos sociales, pero el hecho de que en la actualidad adopten la forma de disputas por el sentido común nos habla también de una fractura hermenéutica que las humanidades no pueden resolver, pero sí hacer explícita en sus puntos que quiebre.

Incapaces de resolver estos conflictos profundos, sí pueden por el contrario encontrar correlaciones entre lo que cabría llamar el “déficit hermenéutico” y la radicalización de las posiciones sociales. El déficit hermenéutico se extiende por diversos fenómenos. Por ejemplo, uno, observable en informes sobre el sistema educativo, por ejemplo el informe PISA, es la baja nota que reciben los alumnos en comprensión lectora (Cobrerros y Gortazar 2023). Esta dificultad es un indicador de otras discapacidades cognitivas más profundas en el manejo de los recursos conceptuales disponibles en la lengua y en la cultura de una comunidad, que se manifiestan en ocasiones en la pobreza expresiva (Martín-Ruiz y González-Valenzuela 2022).

La comprensión de la realidad contiene aristas múltiples, desde la comprensión científica y técnica hasta el manejo de los recursos conceptuales que



permiten acceder –y entender– las experiencias de los otros a través de sus expresiones y silencios, de sus actos y omisiones. Este y no otro ha sido siempre el objeto nuclear de las humanidades en toda la extensión de sus disciplinas y en la legitimación social de su práctica como saberes especializados, necesarios para el buen funcionamiento de una sociedad. La comprensión de una sociedad y de su cultura no es un acto pasivo como si fueran adivinanzas de acertijos. Por el contrario, se trata de implicaciones y entañamientos proactivos que conducen a ponerse en lugar del otro, algo que, a su vez, produce transformaciones en el sujeto hermenéutico. Atender, escuchar siempre lleva a autotransformarse.

Las humanidades son, pues, un conjunto de saberes que capacitan para la comprensión activa del marco cultural que da sentido a las prácticas en las sociedades contemporáneas o pasadas, cercanas o lejanas –incluyendo la propia analizada con pretensión de autoconocimiento–, de sus documentos y restos de cultura material, y de las acciones de sus miembros. Una baja formación humanística suele traer como consecuencia una baja capacidad hermenéutica por más que el sujeto en cuestión goce de altas capacidades técnicas, cognitivas o administrativas.

¿DEBEN SER LAS HUMANIDADES DECLARADAS PATRIMONIO CULTURAL?

El patrimonio cultural es el conjunto de aquellos elementos componentes presentes o pasados de una cultura que socialmente se decide que, por ser

Al ideal que William Morris en el diseño cotidiano, las casas construidas por Frank Lloyd Wright (1867-1959) simbolizan la sensibilidad a los valores de una sociedad, a un ideal humano de vida y al mismo tiempo de funcionalidad. Ocho de sus obras son Patrimonio Mundial. Frank Lloyd Wright Home and Studio (Oak Park, IL) | foto Fifth World Design

de un valor indiscutible para esa sociedad o, en ciertos casos, para la humanidad en general, deben ser preservados y cuidados para que sean entendidos y disfrutados por la sociedad actual y las generaciones futuras. Pueden ser documentos o monumentos recordatorios de eventos, cuya memoria es un bien común, por ejemplo los espacios que fueron testigos de un daño colectivo (Muriel 2019; Hernández i Martí et ál. 2005). Otros casos de bienes más positivos son los paisajísticos, objetos de arte, restos o construcciones del hábitat humano, refugios de diversidad biológica, pero también rituales, costumbres, saberes, fiestas o instituciones que por sí mismas necesitan de un apoyo social para ser preservados. Cuando se decide y cataloga un aspecto de la cultura como algo de valor indiscutible, su conservación se impone a otros intereses particulares, pues ya pertenece a las generaciones futuras o un conjunto de la sociedad o la humanidad más relevante que los depositarios de tales intereses (Viñao 2011).

Entendiendo así el patrimonio como pertenencia, cabría preguntarse si las humanidades en tanto que saberes hermenéuticos deberán ser ellas mismas conservadas como objetos de patrimonio cultural, imponiéndose por ello a otros intereses estratégicos del sistema educativo. La tentación de proteger las humanidades de esta manera tiene mucha fuerza. Pienso, por ejemplo, en las disciplinas especializadas en lenguas y culturas del pasado (en nuestra área cultural europea, las lenguas clásicas, latín, griego o semíticas; en otras áreas, las lenguas del pasado que hablaron los miembros de culturas históricas). Sería un error, desde mi punto de vista, caer en esta tentación y abogar por esta estrategia de protección, por más que parezca la única solución antes de su desaparición como parte de la educación contemporánea.

La tesis es que las humanidades, en todas sus variedades y formas de saber, no pueden ser consideradas, por la razón de que su ejercicio y extensión social es una condición de posibilidad de la misma capacidad y sensibilidad de una sociedad para determinar ciertos bienes como patrimonio propio o de la humanidad.

¿En qué sentido los saberes humanísticos constituyen estas condiciones de posibilidad? ¿Cómo son necesarios para definir los confines de lo valioso? Notemos que la concepción de lo considerado patrimonio nos conduce a examinar formas operativas ancestrales por las que la cultura construyó las características singulares de las sociedades en el pasado, incluso antes de que existiera lo que actualmente consideramos como propiedad privada. Me refiero a lo que los antropólogos han estudiado como *sistemas de parentesco*. Se trata de formas de orden en una comunidad espacio-temporal que hacen que un individuo adquiera lazos de pertenencia hacia sus ancestros, sus contemporáneos y sus descendientes. Estos sistemas establecen los permisos para formar lazos familiares con otras personas con proyec-



tos reproductivos o, simplemente, afectivos. El mismo hecho de tener un nombre propio es algo que se conecta inmediatamente con los sistemas de parentesco. El germen de la idea de patrimonio cultural está ya en estos ordenamientos que atribuyen a las personas una forma de identidad en el marco de su comunidad. La existencia de normas y tabúes que establecen restricciones de acción constituyen como formas primitivas de patrimonio el nombre, los derechos y deberes con los ancestros y dependientes, los derechos de propiedad, las posibilidades de afectos y de reproducción reconocidos socialmente y, en general, el lugar de cada persona en la sociedad.

¿De dónde proceden estas restricciones normativas? La antropología y la historia cultural han dado cuenta de cómo los mitos generan espacios de sentido (Blumenberg 2003) que acogen estas normas como prescripciones “naturales” y constituyentes del sentido común. Estos *trabajos del mito* originarios que dieron lugar a las primeras formaciones sociales siguen operando de otras maneras mucho más complejas e igualmente opacas. Son ahora discursos que, junto a los componentes mitopoiéticos de una cultura, contienen todos los saberes que permiten descifrar los elementos operantes de una cultura en su trabajo de articular una sociedad.

El acto de detectar cuándo una zona de lo real ha dejado de pertenecer exclusivamente al propietario y adquiere un valor constitutivo para una comunidad exige capacidades colectivas de análisis cultural, de extrañamiento de sí y de autoconocimiento tanto de la sociedad en sí como de quienes se ocupan de forma más directa de realizarlo. Estos sujetos declarantes son capaces de trascender su mundo de la vida cotidiano a horizontes de posi-

Miguel de Unamuno (1864-1936) es la mejor expresión española del hilo conductor del humanismo en la educación y la cultura. En sus escritos filosóficos y literarios expresa un ideal de pedagogía que enlaza con los ideales románticos y el humanismo clásico. En la imagen, Miguel de Unamuno con un grupo de personas | foto Fondo Marín-Kutxa Fototeca



La utilidad de lo inútil (2013), de Nuccio Ordine (1958-2023,) es uno de los manifiestos más recientes de la nueva sensibilidad contra la devaluación de las humanidades en la sociedad contemporánea. Los libros de este autor especialista en el Renacimiento son ellos mismos ejemplo de esta utilidad de lo aparentemente inútil

bilidad más amplios que incluyen las generaciones futuras y otras culturas ajenas. Tomemos, por ejemplo, la declaración de patrimonio de las lenguas indígenas en una sociedad como la mexicana, en donde aún se conservan veintidós idiomas de pueblos tradicionales, varios de ellos en proceso de transformación irreversible o de pérdida total (Grupo Banco Mundial 2019). Si tenemos la obligación de considerar su preservación y de dotar de los medios necesarios para detener estos procesos de declive o pérdida, no nos es suficiente el mero reclamo de “pérdida de la diversidad cultural”. Es necesaria, por el contrario, una argumentación mucho más profunda sobre la naturaleza de los lazos entre lenguaje y sociedad y por qué esta sociedad puede intervenir activamente para detener procesos de destrucción que ella misma ha generado. La desaparición de lenguas no es un resultado de dinámicas azarosas y ciegas como la evolución biológica. Es parte de las responsabilidades de una cultura consigo misma.

Todo esto nos lleva a argumentar que las humanidades no pueden ser juez y parte del proceso de conversión de un trozo de realidad en un bien de patrimonio cultural. No, son una suerte de metacapacidad, de saberes constitutivos de la sensibilidad de una sociedad hacia su propia cultura. Son los saberes humanísticos los que permiten hacer visible el *proceso de valorización* de un objeto o un intangible al estatus de bien común. Sería paradójico que las humanidades aspirasen a un lugar en el patrimonio de una sociedad que ha perdido la sensibilidad hacia los saberes que permiten valorizar una parte suya como bien cultural.

Observemos un proceso por el cual cierto resto de cultura material es declarado patrimonio cultural: me refiero como ejemplo a ciertas instalaciones industriales destinadas al derribo que, como resultado de la insistencia de un grupo de especialistas en historia de la tecnología y/o la economía, comienzan a ser vistas como documentos y testimonio de los métodos de producción del pasado, y de la necesidad de preservar su memoria. Los saberes tecnológicos, industriales y empresariales puede que hayan sido ciegos a esta manera de entender una factoría ya obsoleta, cuya existencia amenazan ciertos intereses –pongamos por caso urbanísticos– y que, sin embargo, una mirada humanística hacia la historia del trabajo y de las técnicas de producción permitiría preservar ese espacio en donde se materializa un pasado que necesita ser entendido para comprender también el presente. Recuerdo con nostalgia y envidia mis visitas a los museos de industria textil en la revolución industrial del XVIII en Nueva Inglaterra. Disfrutaba observando minuciosamente las cintas perforadas de aquellos telares en los que se habían instalado ya lo que un siglo después serían los programas informáticos de producción. Y no podía evitar la poca sensibilidad hacia la arqueología industrial en tantos momentos de la historia de España. Es necesaria una sensibilidad humanística para preservar aquello que incluso parece amenazar a las humanidades como son los saberes y culturas técnicas. Los museos de

Nueva Inglaterra no atrae masas turísticas como lo hacen otros especializados en la gran cultura artística y, sin embargo, denotan una capacidad humanística compleja por parte de la sociedad que los ha promovido y de los grupos que presionaron para que así se hiciera y se promovieran mejores formas de entender la propia historia.

CONCLUSIONES SOBRE LA VALORIZACIÓN Y LAS HUMANIDADES

Lo que está en discusión es el proceso de valorización, tanto de lo material como de lo intangible. Es el mismo concepto de valor lo que se pone en el centro del debate. En ausencia de una sensibilidad hacia los valores que constituyen realmente la trama social, puede que sean los intereses de la enorme industria cultural los que determinen el proceso de valorización de bienes culturales, de modo que sean las expectativas económicas las que ordenen el valor de los bienes culturales. Así, no es extraño que los bienes materiales fácilmente explotables por la industria del turismo predominen sobre otros de difícil mercantilización y monetización, aunque su peso en la red de relaciones culturales que explican la existencia histórica de una sociedad y las raíces del presente queden relegados a una periferia de intereses. He citado el ejemplo de la arqueología industrial. Podría añadir en el caso de España bienes como la red de cañadas por las que discurrieron los rebaños trashumantes que tanta importancia tuvieron en la historia económica de este país. Y se podría continuar con otros ejemplos de la memoria histórica.

El proceso de valorización y las controversias que suscita muestra el carácter de conflicto cultural y de choque de horizontes hermenéuticos en los que se expresan estas tensiones. De nuevo, la ausencia de una cultura humanística seria y profunda provoca que estos desencuentros descarrilen y deriven en batallas puramente propagandísticas, cuyo resultado es incrementar la ceguera hacia los valores que deseamos transmitir a generaciones futuras, para los que estos bienes deberían ser como andamios sobre los que construir una forma de ciudadanía más sensible, responsable y atenta a lo que verdaderamente importa en los proyectos personales y sociales.

Si consideramos las humanidades como saberes activos que permanentemente interpretan y ayudan a entender el presente y el pasado, a imaginar el futuro, llegaremos a la conclusión de que su actividad no cesa en sus contribuciones al proceso de valorización, sino que, por el contrario, adquiere mucha más relevancia en la comprensión del mismo patrimonio cultural. Pienso en ciudades con un rico patrimonio, incluso declaradas patrimonio de la humanidad, en las que masas de turistas que acuden a admirar las piedras nobles y a admirar las anécdotas cansinamente repetidas por los guías culturales. No es difícil sentir algo de melancolía observando cómo el proceso de conversión de una ciudad viva en un museo para el turismo masivo

ha hecho perder de vista toda la complejidad histórica inscrita en las piedras, pero también en muchos otros restos que no se consideraron tan valiosos, cuando seguramente explicaban muy bien la historia de esa ciudad. Es cierto que esta melancolía puede hacer perder de vista que el turismo cultural siempre es mejor que la desidia, que el patrimonio tiene una dimensión económica y que una sociedad con una economía industrial y recursos naturales escasos necesita la economía de servicios para subsistir, pero también es cierto que el turismo masivo produce tantas cegueras como experiencias estéticas. Las humanidades forman la primera línea de resistencia a la barbarie cultural, a la incapacidad de leer lo diferente en la homogeneidad aparente, el daño y la violencia bajo la belleza de las piedras, la complejidad en las simplificaciones y el poder en la apariencia de autoridad.

BIBLIOGRAFÍA

- Adler, E. (2016) *Classics, the Culture Wars, and Beyond*. Michigan: Ann Arbor
- American Academy of Arts and Sciences (2024) *Humanities indicators*. Disponible en: <https://www.amacad.org/humanities-indicators> [Consulta: 02/07/2024]
- Bal, M. (2009) *Conceptos viajeros en las humanidades: una guía de viaje*. Murcia: Cendeac
- Bloom, A. (1989) *El cierre de la mente moderna*. Barcelona: Plaza y Janés
- Blumenberg, H. (2003) *Trabajo sobre el mito*. Barcelona: Paidós
- Broncano, F. (2018) *Cultura es nombre de derrota. Cultura y poder en los espacios intermedios*. Salamanca: Delirio Editorial
- Brooke, B. (2023) Do the Humanities Have a Future? *Ann Arbor Observer*, 22 de diciembre de 2023. Disponible en: <https://annarborobserver.com/do-the-humanities-have-a-future/> [Consulta: 05/06/2024]
- CNPTG [Commissie Nationaal Plan Toekomst Geesteswetenschappen] (2009) *Sustainable Humanities. Report from the Committee on the National Plan for the Future of the Humanities*. Amsterdam: Amsterdam University Press
- Cobreros, L. y Gortazar, L. (2023) *Todo lo que debes saber de PISA 2022 sobre equidad. La equidad educativa en España y sus comunidades autónomas en PISA 2022*. EsadeEcPol-Save the Children. Disponible en: https://www.savethechildren.es/sites/default/files/2023-12/PISA22Equidad_EsadeEcPolSaveTheChildren.pdf [Consulta: 03/07/2024]
- Cunningham, L.S. y Reich, J.J. (2010) *Culture & Values. A Survey of Humanities*. Londres: Wadsworth
- Foster Wallace, D. (2009) *Esto es agua*. Madrid: Penguin Random House
- Grimley, D. (2023) *Oxford Academic Bibliography. The Value of the Humanities*. Londres: Oxford University Press. Disponible en: <https://www.humanities.ox.ac.uk/sitefiles/oxford-u-value-of-humanities-report.pdf> [Consulta: 02/07/2024]
- Grupo Banco Mundial (2019) *Lenguas indígenas, un legado en extinción*. 22 de febrero de 2019. Disponible en: <https://www.bancomundial.org/es/news/infographic/2019/02/22/lenguas-indigenas-legado-en-extincion> [Consulta: 03/07/2024]
- Hernández i Martí, G.M., Santamarina, B., Moncusí, A. y Albert, M. (2005) *La memoria construida. Patrimonio cultural y modernidad*. Valencia: Tirant Lo Blanch
- Martín-Ruiz, I. y González-Valenzuela, M.J. (2022) Análisis de la comprensión lectora y sus dificultades en adolescentes. *Anales de Psicología*, n.º 38, pp. 251-258
- Ministerio de Universidades. Gobierno de España (2023) *Datos y cifras del Sistema Universitario Español. Publicación 2022-2023*. Secretaría General Técnica del Ministerio de Universidades. Disponible en: https://www.universidades.gob.es/wp-content/uploads/2023/04/DyC_2023_web_v2.pdf [Consulta: 10/06/2024]
- Muriel, D. (2019) *Identidad y patrimonio: Manual (desde la sociología) para entender y gestionar el patrimonio cultural*. Publicación independiente
- Nussbaum, M. (2005) *El cultivo de la humanidad*. Barcelona: Paidós
- Nussbaum, M. (2010) *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Buenos Aires: Katz
- Schiller, F. (2018) *Cartas sobre la educación estética de la humanidad*. Barcelona: Acantilado
- Spivak, G.Ch. (2012) *An Aesthetic Education in the Era of Globalization*. Cambridge: Harvard University Press
- Villacañas, J.L. (2024) *Max Weber en contexto. Filosofía y ciencias sociales tras la senda de Kant*. Barcelona: Herder
- Viñao, A. (2011) Memoria, Patrimonio y Educación. *Revista História da Educação*, n.º 15/34, pp. 31-62